

# San Valentín y la epístola

Hola.

Quizás no debería confiarte esto, lo sé, lo *resé* y no dejo de saberlo. No habrán sido menos de veinte las veces que he forzado a cada una de mis neuronas a que tomara una decisión, seguramente en vano, porque hoy no lo tengo más claro, porque hoy titubeo con cada palabra que escribe el lápiz, quizás sin mi permiso...

Pero ya es tarde y te pido disculpas, disculpas por adelantado, por lo que vas a leer, pero sobre todo por ceder y permitirme a mí mismo hacerte cargar con parte de mi tortura.

«¿Qué estarás pensando?», me pregunto, mas no lo sé. Tú, en cambio, sí sabes en qué pienso yo: ¿qué carta empieza así, si no es para decir lo mismo?

Lo más probable es que al releer lo escrito me asuste de mis propios miedos, arrugue la hoja o la esconda, quizás no escape nunca de mi escritorio, no lo sé, ni quiero saberlo ahora mismo... Quizás no me desahogo escribiéndote, sino escribiendo. Tratando de aplacar ese lobo que aúlla desde mis entrañas, que ha despertado tras un largo descanso en que a mis ojos había pasado por muerto.

Pero está vivo, vivito y coleando, lo habrás notado. Lo habrás notado cuando, a veces, sin quererlo, me vuelvo un témpano de hielo, una estatua inanimada, de mármol, que huye de tus sonrisas, frustrando la normalidad, y ies que no la hallo!: porque no la hay, porque me carcomo intentando deshacer algo que siento y no quiero sentir, no puedo, no debo... Obligándome a acallar una voz que acalla a todas las demás.

Y a veces me descubro soñando, imaginando que te escribo esta carta, haciéndote compartir el peso y dejando de esconder lo inevitable.

A veces, me dejo caer, o me caigo, no sé...

A veces, no puedo más.

Pero hoy no. No debo tropezar, si puedo evitarlo. No, esta carta no tiene destinatario, hoy. Hoy no vas a leerla, hoy no es más que un trabajo de clase.

Dejaré que las palabras se pierdan en el aire:

Adiós...